

Guy Jimenes

Demasiado en un solo día

*roman traduit
du français à l'espagnol par
Anne Guillot*

Demasiado en un solo día est la traduction
de la nouvelle édition de
Trop dans une seule journée
(éditions Barbedogre 2025).

Ce livre électronique est distribué
sous licence Creative Commons.
Pour information, consulter les pages suivantes :
creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.fr
guyjimenenes.net/livreselectroniques

© Anne Guillot
Les Râpées
45320 Courtenay-France
anne.guillot3@orange.fr
2025
Tous droits réservés

1. Tonta y sola

Me crucé con Víctor entre dos clases en el pasillo atestado. Avancé a su encuentro con una sonrisa en los labios. Iba acompañado de Anaís, una niña que estaba en nuestra clase de sexto de primaria y que tuvo la suerte, ella, de encontrarse en la misma clase de primero de ESO que él.

Ambos estaban charlando. Víctor parecía relajado, pero cuando me vio, se le cambió el semblante por completo, se le borró la sonrisa y pasó a mi lado muy estirado, sin contestar siquiera a mi saludo.

Por un instante me pregunté si me había reconocido. Pero aquí está lo peor : su mirada cruzó la mía, antes de desviarse. Y me quedé tonta y sola.

– ¡ Louise !

Era Jeanne.

– ¡ Oye Louise ! ¿ Estás bien ?

Caí en la cuenta de que había llegado al aula 12. Había trepado la escalera y ambulado en los pasillos sin siquiera enterarme.

Volvía a ver el momento anterior, como un extracto de película pasado de lazo en el que, siempre, la mirada de Víctor se desviaba con frialdad. Volvía a ver a Anaís, que también pareció sorprenderse de la actitud de Víctor.

Jeanne me tiró de la manga para arrastrarme hacia mi asiento. Le lanzó a la profe de inglés :

– Mi compañera no se siente *very well*.

Hizo gracia a una parte de la clase y la señorita Rauque¹ se dignó a sonreír. Volví a encontrar un poco de energía.

– Todo irá bien, le dije a la profe.

Pero no se la veía convencida.

– Me pareces muy pálida. Si es necesario, no dudes en interrumpir la clase para ir a la enfermería, me propuso con su voz suave que es todo lo contrario de su apellido.

Le di las gracias y me senté en mi lugar habitual, al lado de Jeanne.

– ¿Qué pasa? me sopló mi compañera mientras sacábamos nuestras pertenencias para la clase. ¿Tienes algún problema con Víctor?

– ¿ Tanto se me nota ?

¹ *Rauque* significa Ronca en francés (Nota de la Traductora)

– Bien he visto cómo ha pasado de ti en el pasillo.

– Jeanne, por favor, no hablemos de este tema...

– ¡ Vale, no lo hablaremos antes del fin de la clase !

No contesté nada. No veía muy claro lo que tuviera que contar. No entendía nada de lo que me estaba ocurriendo.

Al abrir mi *Step In*² a la debida página, me pasé otra vez el extracto de película, ese momento en el que Víctor y yo nos habíamos cruzado, estrellándose mi sonrisa alentadora contra su mirada fría y hostil. No, “hostil” no era. De ser “hostil” la mirada de Víctor, yo habría podido plantearme que algo me reprochaba, y yo habría decidido pedirle una explicación.

² Título de un libro escolar de inglés (Nota de la Traductora)

Indiferente, he aquí la manera de calificar su mirada. Y era peor que cualquier otra cosa.

Sobraban las explicaciones. Era clarísimo : Víctor había dejado de quererme.

2. Señorita Cabezota

Creo que todas las niñas se hacen la misma pregunta cuando un niño deja de quererlas : ¿ Me amaba realmente ?
¿ Me amaba tanto como yo a él ?

Me encerré en mi cuarto. Con llave. Bien sabía que aquello sacaba de quicio a mamá, pero peor para ella. Al volver del trabajo, ella llamaría a mi puerta y movería en vano la manilla.

– ¡ No lo puedo creer ! suspiraría ella.
¿ Qué es lo que te pasa ahora ?

“Ahora”... puesto que, según dicen, suelo tomármelo todo a lo trágico, me hago “una montaña con un grano de arena”, y “me ahogo en un vaso de agua”... Mamá no es la única en gratificarme con esos dichos, también papá es partícipe del reparto. Generalmente, acude de refuerzo a golpear la puerta.

– ¡ Venga, abre, señorita Cabezota !
¡ No te hagas la princesa ! Que tiempo habrá para que tengas problemas de adolescentes...

¡ Cuando se pone a hablar así, me entran ganas de pegarle una torta ! Soy terca, eso sí. Suelo enfurruñarme, es cierto, siempre he sido así... ¡ La mayoría de las veces, es por mi hermanito que no tiene límites y a quien le permiten muchas más cosas que a mí! Al menos respecto a esto estoy tranquila, Frank

está en la montaña, de excursión escolar. Y me alivia el no tenerlo ante las narices en semejante trance.

También a veces me enfurruño por el colegio. La llegada a primero de ESO fue dura. Me costó acostumbrarme. Nada más empezar la primera semana, me gané una observación en la libreta que debieron firmar mis padres. Sólo por haber llegado tarde a clase. Me había perdido en los pasillos. Era verdad, y fue lo que le anuncié a Martinot, el profe de tutoría. Todos se rieron, como si me burlara de él, y por eso Martinot me mandó al aula de Estudio.

Lo malo es que a menudo tengo en la cara una expresión de risa, aún cuando no hay nada gracioso. También hablo alto. Lo que me ha costado bastantes disgustos.

¿ Qué iba a decir yo a mis padres ?
¿ Que no estaba de morros ? ¿ Que tenía

otro problema, muchísimo más grave, muchísimo más importante que un lío de colegio o de hermanito ? No tenía ganas de hablarles de Víctor. Hubiera tenido que decirles demasiadas cosas de un golpe y ya me imaginaba la reacción de papá :

– ¿ Enamorada de Víctor ? ¿ Tú ?

Lo conocía, se partiría de la risa como si fuera broma graciosa. Es gran especialista para no tomarme en serio.

Mamá se mostraría más comprensiva, actuaría el papel de la complicidad femenina, me abrazaría como diciendo : “Si yo he sido joven antes que tú, si ya he sufrido mal de amores” e intentaría tirarme de la lengua. Eso es tirarme de la lengua, que yo también me sé algunos de esos malditos dichos.

Nunca habíamos revelado a nadie que nos queríamos. Y estaba dispuesta

a apostar a que nuestros padres nunca lo habían sospechado. Incluso Jeanne nunca había sabido nada, al menos hasta esta mañana en que mi actitud le habría llamado la atención.

¿Que por qué nunca habíamos dicho nada, Víctor y yo? Pues porque teníamos un pacto.

3. El pacto con Víctor

Con Víctor habíamos frecuentado la misma escuela. Estoy segura de que estuve con él en educación infantil, pero no lo recuerdo muy bien. Mis primeros recuerdos precisos se remontan a primero de Primaria. Papá acudía a por nosotros al acabar las clases, otras veces, le tocaba a la madre o al padre de Víctor. Escasas veces le tocaba a mamá, que siempre tuvo horarios complicados con sus dos trabajos de tiempo parcial.

A menudo merendábamos en casa el uno del otro. Papá dice que nos criamos como hermano y hermana. Nuestras familias se llevaban muy bien. A veces fuimos juntos a la playa, a la montaña. Y perdimos la cuenta de las invitaciones a los cumpleaños de los unos y de los otros, las barbacoas de verano y las partidas de petanca.

En cuarto de Primaria entendí que estaba enamorada de Víctor. Y era una bendición que viviera tan cerca de nuestra casa y fuera amigo de la familia. Quiero decir que así, lo veía a menudo, jugábamos juntos, compartíamos tantas cosas. Para mí era un amor confortable que me resultaba fácil mantener secreto.

No necesitaba hablar de ello a quien fuera, ¡ ni siquiera a Víctor ! ¡ A Víctor menos que a nadie ! Demasiado temía

que él no me quisiese igual. Y no quería echar a perder la amistad que él sentía por mí.

Jeanne siempre dice que soy confiada y segura de mí. Me tiene envidia. Cierto es que hablo alto y tengo bastante osadía. Pero decirle a Víctor que lo quería, no lo pude en mucho tiempo. Cargué las tintas en lo de la “señorita Cabezota”. Buena manera de esconder mis sentimientos más profundos.

Y así pues, una especie de tristeza empezó a asentarse en mí, y también miedo por supuesto : temía el día en que Víctor se interesaría en otra niña. ¡ Le rogaba a Dios que fuera cualquiera menos Anaís, porque es la más guapa de todas nosotras !

Y luego hubo el día en que cumplí los diez años. Lo celebramos con la fiesta

habitual en casa con mis padres, los de Víctor, los hermanos y hermanas, dos o tres primos, unos amigos. Anaís no había podido acudir. Soplé las velas tras una mirada a mi novio secreto pidiendo el deseo que a él también, algún día, le diera por quererme.

Entonces se cumplió mi deseo. ¡ Vale, ya sé : dicho así parece de lo más tonto !
¡ Se diría que es un cuento simplón para niñatos de 6 u 8 años a la manera Walt Disney !

Pero qué se le va a hacer, así fue exactamente cómo pasó. Hasta el fin de mi vida, lo recordaré.

Abrí mis regalos. Víctor me había ofrecido una pelota de baloncesto y decidimos estrenarla. Nadie nos siguió, los niños estaban absortos en videojuegos y los adultos en el tenis de mesa.

– Hace mucho que no hemos estado solos los dos.

Fue Víctor quien habló primero, pero yo hubiera dicho exactamente lo mismo. Estábamos bajo los árboles un poco apartados de la cancha que un grupo ya ocupaba.

Intercambiábamos pases, manteniéndonos muy cerca para hablarnos. ¡No corríamos riesgo de que se nos escapara la pelota! No me importaba el balón en aquel momento, por lo mucho que tenía que contarle a Víctor. Ya estaba decidida, iba a revelarle todo.

– Hace mucho tiempo que quiero decírtelo : te amo. Quiero decir con el alma, Louise.

¡ Tenía mis propias palabras preparadas desde hacía tanto tiempo, y él se me adelantaba, pronunciándolas antes que yo !

Me quedé derretida, sin reacción. Se turbó, al malinterpretar mi silencio :

– Voy a hacerte un pase. Si te fastidia lo que acabo de decirte, si no estás de acuerdo, no cojas la pelota. Lo entenderé y no volveré a hablar del tema nunca más.

Pero estaba tan emocionado que su pase fue pésimo y la pelota rodó hacia la cancha.

Corrí para cogerla. Me latía como nunca el corazón, tan fuerte como lo amaba.

Volví hacia Víctor y yo, la “chica segura de sí”, ni siquiera conseguí decirle “Te quiero”, sólo dije con diminuto hilo de voz :

– No me fastidia nada. Estoy de acuerdo contigo.

Nos costó besarnos por primera vez, la pelota era gorda entre los dos y nos

estorbaba, pero ¡ por nada del mundo yo la hubiera soltado !

Aquel día sellamos nuestro pacto : amarnos sin decírselo a nadie. No nos resultó difícil. Ambos ya acostumbrábamos a esconder nuestros sentimientos.

4. En el teléfono

Yo esperaba a mis padres, que tardaban en volver. De cierto modo, mejor. No me apetecía justificarme por estar triste ante ellos. Temía tener que abrir la puerta. Entonces yo misma giré la llave en la cerradura y fui al cuarto de baño a pasarme agua en la cara.

No sé por qué, me acordé de esa historia que a menudo cuenta mamá : cuando ella tenía veinte años, estaba loca de amor por papá hasta tal punto

que creía verlo por todas partes. Un día en que estaba andando en la calle, creyó reconocerlo. Se precipitó a su encuentro, con la cara radiante. Pero una vez llegada a tres metros de él, descubrió a un perfecto desconocido : ¡un viejo de al menos treinta y cinco años!

Cada vez que mamá cuenta esta historia, se ríe con el corazón y precisa que nunca se sintió tan estúpida como aquel día. Para no perder la compostura ante su desconocido, se apresuró a cruzarse con él, y siguió corriendo, con la sonrisa fija “como una concha vacía”. Y se partió de la risa.

En cuanto a mí, no sólo la sonrisa se me había petrificado al cruzarme con Víctor por la mañana, sino *todos* mis adentros, cuerpo y alma. Me había transformado *por completo* en una

concha vacía. ¿Y cómo se dice para la pena en vez de “partirse de la risa” ?
¿ Acaso “partirse del llanto” ?

Casi eran las siete. Era muy extraño que papá no hubiera vuelto. Mamá es otra cosa, le tocaba atravesar toda la ciudad, atascada la mayor parte del tiempo.

Decidí hacer de mayorcita y puse la mesa, sin saber siquiera lo que pudiéramos cenar. Eché un vistazo a la nevera. Quedaba gratinado de patatas, lo justo para tres personas, y yogures de fruta...
¿ Iba papá a pensar en traer pan ?

De repente me pregunté lo que me pasaba con la comida. ¿ Cómo se me ocurría tener hambre en tales circunstancias ? Al instante imaginé el titular de alguna revista basura : “¡ Abandonada

por Víctor, se hunde en la bulimia !”, como aquellas modelos de las que se hablaba por la tele, que se atiborraban y luego se hacían vomitar...

Por cierto, no me sentía tan mal. Había llorado mucho y mi pena me había dejado K.O. Ya no experimentaba nada más que una suerte de letargo que no me era demasiado desagradable... Estaba a punto de encender la tele y repantigarme en el sofá cuando sonó el teléfono. Me acerqué lentamente al aparato y lo cogí.

Era mamá :

– ¿ Louise ? Voy a llegar muy tarde, pero que muy muy tarde...

Estaba hablando alto y rápido. Detrás de ella, yo oía el clamor del tráfico, ruidos de motores, bocinazos.

Mamá parecía tener prisa :

– Tengo el móvil hecho polvo, llamo desde una cabina. En realidad, ni voy a volver. Tu padre ya lo sabe. No te preocupes, está todo bajo control. Nos vemos mañana, ¿a que sí? Me pasaré a recogerte en la escuela de música como siempre. Te explicaré. Hay cosas de la vida que...

Pero se cortó en seco. Imaginé a mamá refunfuñando en la cabina y golpeando el aparato con la palma de la mano. Colgué esperando que pudiera llamar de nuevo. ¿ De qué iba ese cuento de “ni volver” ? ¡ Si yo no entendía nada de lo que decía !

Me repantigué en el sofá sin encender la tele. Había una excitación inhabitual en la voz de mamá, una especie de extraña energía. “Hay cosas de la vida que...” ¿ Qué era lo que estaba a punto de decir ? Me había parecido totalmente

determinada, sabiendo muy bien lo que hacía, por lo tanto, yo no estaba realmente preocupada, debía de tener un serio problema en el trabajo, que la obligaba a pasar la noche ahí.

Pero si me ponía a pensarlo un minuto, no me podía creer tal cosa : los martes, mamá trabajaba en una media-teca ¡y nunca abrían de noche!

No, necesariamente, había ocurrido otra cosa, que obligaba a mamá a pasar la noche en otro lugar. ¿ Quizás en el hospital, su segundo curro ? Probablemente la hubieran llamado con urgencia. No se me ocurría otra explicación. Afortunadamente había podido contactar con papá antes que conmigo, y él me daría más detalles.

5. Choque

El zumbido característico de la puerta del garaje alzándose sola. Papá había instalado un sistema de apertura con mando pocas semanas antes, y lo había mejorado haciendo que la luz se encendiera al mismo tiempo. Siempre cortaba el motor antes de dejar que el coche bajara en punto muerto siguiendo la cuesta abajo. Luego la puerta del garaje se cerraba tras él con un zumbido diferente del primero.

Yo esperaba oír el portazo, debilitado por la espesura del muro, y después el ruido característico de la cerradura...

Pero nada de eso. Silencio total. Al cabo de dos minutos, vagamente preocupada, me acerqué al garaje.

Papá no se había movido del asiento. Aún tenía el volante entre las manos.

– ¡ Papá !

Me miró. Al aproximarme, vi que se le ahogaban los ojos en lágrimas. Me quedé en estado de choque. Se enteró de mi reacción y accionó los limpiaparabrisas como para burlarse de sí mismo, con una sonrisa un tanto cruel.

No podíamos permanecer así, iba a hacerle una señal para que bajase la ventanilla, para que al menos pudiéramos hablarnos normalmente, pero se bajó del coche. Mi padre es alto, mide

un metro noventa, lo que siempre da la impresión de que se despliega al salir de un vehículo. Pero esta vez no tuve esta impresión, Era como si papá no se hubiera desplegado del todo, y se quedara encogido, arrugado.

– Tu madre me deja, me lanzó.

Al instante entendí lo que eso significaba.

Entonces pensé en Víctor, quien, ese mismo día, había dejado de quererme y me dije que aquello era demasiado, definitivamente excesivo en un solo día.

6. Colchón mullido

– ¡ Come ! me decía papá. Que de nada nos sirve venirnos abajo.

Nos había servido una ración de gratinado a cada uno, pero no probaba bocado de la suya.

– ¿ A ti qué te dijo ? me preguntó.

– Casi nada. Llamaba desde una cabina. Se cortó la comunicación. Sólo dijo que no volvería esta noche.

Dejé pasar un tiempo antes de añadir :

– Para mí que estaba con un tipo...

Apenas era una pregunta, más bien una evidencia que le asestaba a papá. Se enderezó, enloquecido.

– ¿ Cómo que con un tipo ? ¿ Qué tipo ?
¡ Espero que no te haya hablado de un tipo !

– No, sólo que...

– ¡ Nada de sólo que !

Bien veía que su ira no se dirigía realmente a mí.

– Ni hablar de un “tipo” por el momento, se empeñó en precisar. Ya no nos llevamos bien Hélène y yo. Y punto redondo.

– ¿ Pero adónde va a dormir ?

– En un hotel. Según me dijo... Y la creo. Hemos tenido una bronca de aquí te espero, sabes.

Yo no lo podía creer.

– ¿ Una bronca ? ¿ Vosotros ?

Yo ya los había visto enojarse, pelearse, cantidad de veces, eso sí. Pero tener una bronca, nunca.

– Te parece extraño, dice papá evaluando mi semblante perplejo. Sin embargo, no es la primera vez. Pareció recordar algo penoso y desvió la cabeza.

– Digamos que, añadió, no me sorprende. Bueno, no tanto.

– Pero ¿en serio va a dejarnos mamá? pregunté. ¿No se van a arreglar las cosas?

– Nada de “dejarnos”, Louise. ¡ *Dejarme*, lo que es distinto !

– Bueno, pero esta noche sí que no está. Y aquí nos deja plantados a los dos. Sin hablar de Frank que está de excursión.

Papá suspiró profundamente y apartó el plato de gratinado frente a él.

– Estoy cansado, Louisette, cariño.
No tengo ganas de hablar más de ello.

Asentí.

Sonó el teléfono. Papá y yo nos miramos. Entendí que no tenía la fuerza suficiente para cogerlo. Fui a contestar. Era mamá.

– Louise, ¿ ha vuelto Jean-Pierre ?

– Sí, respondí con la máxima frialdad de la que era capaz. Hace rato ya.

Mi tono helado no impresionó a mamá que se alegró :

– ¡ Mejor ! Tenía miedo a que perdiera los estribos.

¡ Me pareció increíble esta frase !

– ¿Acaso no eres tú quien los haya perdido ? repliqué.

Hubo un corto silencio al otro lado de la línea.

– Mira, Louise, entiendo lo que pue-

das sentir. Ahora, por teléfono, no es momento de explicaciones. Mañana lo hablaremos juntas, te lo prometo.

– ¡ No tengo NADA que decirte !

En este instante, papá se levantó de la mesa gritando :

– ¡ Louise !

Sólo tuve tiempo para seguir escupiéndole a mi madre :

– ¿ Qué tal de confortable está tu habitación de hotel ? ¿ Está bastante mulido el colchón?

Papá me arrancó el teléfono.

– ¡ Déjanos, y vete a tu cuarto !

– No necesitas decírmelo, voceé. Si es precisamente lo que pensaba hacer.

Estaba furiosa y di un portazo. ¡ Ella era quien lo dejaba y conmigo era con quien él lo pagaba !

A través de la puerta, oí hablar a mi padre sin entender lo que decía. No me apetecía espiar su conversación. Los detalles de sus asuntos me traían sin cuidado. Lo que sí entendía, era lo mal que Frank y yo lo íbamos a pasar. Seguía esperando a que colgara, pero la voz grave de papá sonaba de vez en cuando, a ratos muy cortos. Quien hablaba más era mi madre. ¡Me parecía mentira lo mucho que ella tuviera que contarle! ¡ Sobre todo me parecía mentira que él no le colgara en las narices !

7. Tristeza

Al día siguiente, le dije a papá que no quería ir a clase de música. Dos sólidos motivos tenía yo para ello. Víctor y yo estábamos en la misma clase de solfeo e instrumento, ambos aprendíamos a tocar saxofón, y dada la manera con la que él me había mirado la víspera – o más bien con la que no me había mirado – no me encantaba la perspectiva de juntarme con él. Pero no le hablé de Víctor a papá. Sólo mencioné el otro sólido

motivo : mamá había dicho que pasaría a recogerme, y yo no quería verla.

– ¡ Ni hablar ! zanjó papá.

Entendí que nunca bromearía con esta clase de cosas.

– El problema suyo y mío no debe afectar tu vida para nada. Debes continuar viviendo normalmente, y sobre todo queriendo y respetando a tu madre como antes.

Se le fue un poco la voz al pronunciar “como antes”, pero papá recuperó la compostura, e insistió :

– Tu hermano y tú no tenéis por qué sufrir consecuencias de lo nuestro.

Me indigné :

– ¡ Y tú te crees que podremos actuar como si nada ! ¿ Acaso te parece normal que tu esposa se pase la noche en un hotel, probablemente con un tipo ?

– ¡ LOUISE !

Sentí que me había pasado. Me planteé correr otra vez a refugiarme en mi cuarto, pero algo me impidió actuar como solía. Quizás el semblante abrumado de papá, que estaba haciendo de tripas corazón.

Me acerqué a él y me acarició el pelo. Se le veía en la cara que no había dormido mucho. Sin embargo, se había duchado y estaba recién afeitado, listo para acudir al trabajo, por mucho que le costase.

– No hagas tonterías, me suplicó. Cuento contigo para no empeorar la situación.

La escuela de música tocaba por la tarde. Los miércoles por la mañana, teníamos clase en el colegio. Divisé a

Víctor entre los alumnos agrupados delante del edificio B, otra vez acompañado de la dichosa Anaís y, como cada miércoles, estorbado por el saxofón dentro de su caja.

Quise ir a juntarme con él para decirle algo como : “Bien sé que quieres a Anaís, y me importa un comino, para que te enteres. ¡ Tengo otras preocupaciones, créeme !”

Pero al imaginarme frente a él, sentí que se derretía por completo mi determinación. En la vida de una, creo que es importantísimo saber quién es realmente una y qué es lo que quiere. Sé de muchas niñas de mi edad que se engañan sobre sí mismas. Por ejemplo Jeanne : querría ser veterinaria pero no pone los medios de conseguirlo. Le da tanto de comer a su teckel que apenas puede ya correr.

Sentí que se me subían las lágrimas nada más mentar la idea de hablarle a Víctor, y entendí que lo seguía queriendo, acaso más aún desde que él ya no me quería, y era la persona en el mundo a quien más ganas tenía yo de hablar, de confiarme. La única persona que hubiera podido consolarme de la partida de mamá.

8. Zapeo

No escuché nada en toda la clase. Otra vez tocaba inglés, con la señorita Rauque de voz tan suave. El resto de la mañana se fue alargando. Yo terminaba a las once. No había cantina los miércoles y almorzaba sola en casa. Estaba acostumbrada a ello. De vez en cuando ocurría que mamá se juntara conmigo, según su horario. Pero yo sabía que hoy no sería el caso. Yo tomaría el autobús para ir, como de costumbre, y para volver,

mamá se pasaría a recogerme. Había dicho que me hablaría.

No estaba segura de tener ganas de oírla, de saber lo que ya no funcionaba entre ella y papá. No tenía ganas de que me hablara de su amante. Tenía uno, estaba clarísimo : nadie se va de casa así como así para encontrarse solita, a no ser que la vida se hubiera hecho inaguantable. Pero la vida no era inaguantable con papá. Al contrario, él era de los buenos, de los mansos, aunque a veces se pusiera pesado. Nunca le había hecho ningún daño a mamá. Al menos que yo sepa.

Yo desconfiaba de ella. Por nada en el mundo quería que empezase a malmeter a papá. A la primera palabra que ella dijera en su contra, yo la dejaría plantada y volvería en autobús.

Apenas llegar a casa, adiviné que mamá había estado en ella, y sin duda desde hacía poco. Su perfume aún flotaba en el salón. Inspeccioné el cuarto de baño. Ella había recuperado su neceser de maquillaje. Fui a su habitación, abrí el armario y me pareció que faltaban algunas prendas suyas. Entendí con tristeza que no la íbamos a ver aparecer por casa en mucho tiempo.

Llamó papá.

– Cómo estás ?

Dije que estaba bien.

– Puedo escaparme media hora del curro y pasarme a recogerte para llevarte a la escuela de música.

– No, papá, no merece la pena. Haremos lo de siempre.

No teníamos nada más que decirnos.

Ni a él ni a mí nos apetecía hablar de mamá. Colgamos.

Piqué cualquier cosa, plantada ante cualquier cosa por la tele. Zapeaba sin cesar e incluso ocurría que zapeara el zapeo, sin ver nada del programa en curso, obsesionada por la visión de mamá abrazada por un hombre a quien yo imaginaba bien viejo, no sé por qué. Quizás fuera el desconocido hacia el que se había precipitado quince años antes en la calle. Y me daba asco representarme a mamá enamorada, pegada a ese tío.

Pensé en Frank y me dolió. Pensé que se quedaría chocado más que yo siquiera al enterarse de que los padres ya no se llevaban bien y mamá se había largado. Afortunadamente, yo estaría ahí, lo consolaría. Pero tampoco tenía él que

pasarse haciéndose el pobre mártir, y haciendo los caprichos habituales. Por cierto quería yo ayudarlo, pero dentro de ciertos límites.

Fue el volumen sonoro más alto de los anuncios lo que me sacó del ensueño. Ya era hora de ir a la escuela de música y salté del sofá como propulsada por un resorte. Me apresuré en reunir mis partituras, así como el estuche del saxofón.

Me di cuenta de que por nada en el mundo quisiera faltar a clase. No sólo para obedecerle a papá y no decepcionarlo. También para escuchar lo que mamá tenía que decirme. Pero, ante todo, era a Víctor a quien quería ver para decirle lo mucho que me había decepcionado y desearle viento fresco con Anaís.

9. Clase de saxofón

Hasta el año pasado, Víctor y yo tomábamos el autobús juntos. Pero este curso, él tenía clase hasta las trece los miércoles. Entonces no merecía la pena que volviera a su casa : almorzaba en casa de su abuela que vivía cerquita de la escuela de música.

Llegué justo a tiempo para subirme al autobús. Durante todo el trayecto, sentí que se me subían los nervios al pensar en el encuentro con Víctor.

Siempre llegaba antes que yo, incluso a veces venía a esperarme en la parada. Pero claro, hoy no.

No tendría mucho tiempo para decirle lo que me pesaba en el pecho, pero tampoco necesitaba mucho. Uno o dos minutos bastarían, ya que la clase nunca empezaba a la hora exacta. Esperaba que Víctor aceptara seguirme hacia el garaje de las bicis. No quería que todos los alumnos y el profe oyeran nuestras explicaciones.

Con las piernas blandillas, entré al vestíbulo. Víctor no estaba. Me decepcionó un poco. Seguro que había sospechado que yo iba a ir por él y se había asustado. No logré concentrarme lo suficiente en mi parte de alto y cometí numerosos errores de ritmo. El profe acabó enfadándose.

– Pero Louise... Si pareces perdida hoy, sin Víctor...

Los otros se rieron y les saqué la lengua.

Terminó la clase. De nuevo pensé en mi madre. Tenía el pálpito de que ella no daría la cara, como Víctor. Esperé más o menos un cuarto de hora en el aparcamiento de la escuela de música. Decidí volver en autobús. Papá se pondría furioso al enterarse de que no había venido mamá, y tendría toda la razón.

Pero en el mismo instante en que me ponía a andar, vi que llegaba el Twingo a toda velocidad. Aparcó a lo bruto y mamá brotó del coche, con uno de sus dichos :

– ¡ Debiste de estar en ascuas !

Me abrazó fuertemente.

– ¡ Cariño mío, perdóname !

Por un instante, creí que se refería a su escapada, que ya se había acabado, y ella volvía a casa, pero no, ella sólo se refería a su retraso :

– ¡ Hay obras en el boulevard Jean-Jaurès y encima me tocaron todos los semáforos !

Yo olía su perfume. Se había pasado. Se echó atrás para considerarme con su mirada de madre que lo adivina todo, para saber qué tal lo llevaba, y lo que tenía yo en la sesera. Le sostuve la mirada y guardé silencio.

– Venga, Louise... Sé que es difícil... pero es que Jean-Pierre y yo ya no nos llevamos bien. No es ninguna novedad. Hasta ahora, no mostramos nada de ello, durante mucho tiempo pensábamos remendar nuestra pareja, pero ya es imposible. Tampoco es que nos odiamos ni

nada por el estilo, más bien es que nos aburrimos juntos, ¿ lo entiendes ? Ya no es como antes. Ya no hay chispa.

Su fuerza tranquila me impresionó. Lo que me decía me parecía de lo más lógico. *Entonces*, ella había decidido irse. Y cualquiera en su lugar hubiese hecho lo mismo...

Además, ella estaba muy bonita, vestía la faldita negra, las medias multicolores, el jersey fucsia y pendientes... De su mirada se desprendía una energía nueva.

– Estoy enamorada, Louise. Desde hace mucho tiempo, pero ya se acabó, no quiero esconderme más, no quiero más envenenarme la vida. Quiero vivir mi amor a plena luz del día.

¡ “A plena luz del día” ! Me pareció de lo más hortera aquel dicho.

Por muy enamorada que estuviera mamá, se había vuelto idiota y cobarde : nos había dejado sin previo aviso, sin esperar siquiera el regreso de Frank, y sin preocuparse por lo que había de comer en la nevera. No había venido a casa esta mañana sino para recoger sus cosas, ni siquiera había dejado una nota...

Mamá dio la vuelta al coche y se subió como si, con la mayor naturalidad, yo también iba a abrir la puerta y sentarme a su lado. Bajó la ventanilla.

– ¡ Venga, sube ! Que te llevo a la casa Romeil, ahí hablaremos frente a un chocolate caliente y repostería. Contestaré a todas tus preguntas, te lo prometo, y sé cuántas te haces...

Negué con la cabeza :

– Te lo agradezco. Prefiero volver en autobús.

Bien vi lo mucho que la enfadaba mi reacción terca, pero se contuvo.

Salió de nuevo del Twingo y abrió mi puerta. Ya no sonreía y no cabían discusiones :

– Vale, nada de chocolate. Te llevo a casa directamente. ¡ Súbete !

10. Reencuentro

En el coche, nada nos dijimos durante algunos minutos y mamá volvió al ataque con su fuerza tranquila :

– ¡ Todo menos seguir fingiendo ! También estoy pensando en vuestro futuro, el tuyo y el de Frank. E incluso el de Jean-Pierre.

Por su nombre, papá se burlaba de sí mismo a veces, describiéndose como el

marido bueno y atento de Samantha, en *Embrujada*³...

– No tienes derecho a decir eso, repliqué. Papá está desesperado por tu culpa. ¡ Tú lo haces infeliz !

Mamá suspiró :

– Tiempo al tiempo... Jean-Pierre y yo nos estimamos lo suficiente como para no destrozarnos el uno al otro. Nos separaremos, cómo decirlo, de manera limpia. Por mi parte, lo haré todo para que sea así, te lo prometo.

Me puse a llorar. Mamá aparcó a lo bruto, con una rueda en la acera, y me abrazó.

– Ay Louise, cariño...

Yo también me acurruqué contra ella, y me sentó muy bien desahogarme llorando.

³ Jean-Pierre es el nombre francés de Darrin, el marido de Samantha, protagonista de la serie norteamericana *Embrujada* (*Bewitched*). (Nota de la Traductora)

Detrás, daban tantos bocinazos que mamá acabó arrancando de nuevo.

– Mamá, pregunté. Este... En fin... el hombre con quien...

No sabía qué palabra emplear.

– ¿ Cómo ? me cortó mamá. ¿ Es que Jean-Pierre no te ha dicho nada ?

Al mismo instante pasamos delante de la parada de la urbanización y vi a Víctor que se apeaba del autobús con la mochila de clase y el saxofón.

– ¡ Mamá ! Déjame bajar aquí. Terminaré andando. Es imprescindible que le hable a Víctor.

– ¡ Ah ! soltó mamá con una voz que parecía algo aliviada. Sí que te dijo algo tu padre.

De inmediato, no caí en la cuenta. Le di un beso y me apeé.

– Esta noche te llamo, afirmó mamá antes de arrancar de nuevo.

Fue al correr hacia Víctor cuando me acordé de aquellas palabras : “¡ Ah ! Sí que te dijo algo tu padre...” Mamá quería decir : de su enamorado. Alguien a quien, necesariamente, yo conocía. Pero no, papá no había querido decirme nada anoche, hasta se había enfurecido cuando yo había evocado a otro hombre. Probablemente quisiera mantener el secreto para preservar la posibilidad de que volviera mamá, y su escapada no durara más que una noche...

“¡ Ah ! Sí que te dijo algo tu padre...” había lanzado mamá al divisar a Víctor. Y de repente, supe la verdad.

– ¡ Víctor !

Se dio la vuelta. De nuevo, su mirada quiso huirme, como ayer en el colegio.

Pero adivinó por mi semblante que ahora sí yo sabía. Entonces depositó el estuche del saxofón, que parecía pesar diez toneladas, en el suelo. También deposité el mío.

– Acabo de entender sólo ahora, le dije.

Creí que iba a echarse a llorar. Le temblaban los labios, tenía escalofríos en todo el cuerpo como si la temperatura hubiera caído de golpe, y cuando logró hablar, no me hubiera extrañado que le saliera vaho de la boca.

– Mi padre nos lo anunció el lunes por la noche. Mamá está totalmente destrozada. Por eso no fui al saxofón. Ha almorzado conmigo en casa de mi abuela... No hemos dejado de llorar.

Hizo un ademán de impotencia :

– Lo peor es que llevan años viéndose

a escondidas, tu madre y él. Incluso durante las vacaciones en Capdenac, te acuerdas, ya se las arreglaban para reunirse.

Yo entendía exactamente lo que él sentía. Experimentaba la misma decepción y la misma rebeldía.

– Mira, dije. Papá también está hecho polvo. Pero nosotros no tenemos la culpa de nada, ¿verdad?

– Son suyos esos malditos asuntos de adultos.

Y añadió :

– Ayer al cruzarme contigo, al verte tan sonriente... entendí que no sabías nada. Me quedé petrificado, incapaz de decirte la verdad... Ni siquiera conseguí saludarte. Estoy seguro de que estás resentida conmigo.

– De buenas a primeras, un poco,

respondí. Pero ya se acabó. Te aseguro que todo esto está olvidado.

Ambos esbozamos un movimiento hacia el otro, pero de repente un malestar surgió entre nosotros. No sé muy bien qué se me ocurrió cuando lancé :

– Dejemos de vernos algún tiempo, en cuanto esta historia...

No terminé la frase. Tan desdichado me pareció Víctor.

Pero asintió :

– Tienes razón. Esperemos un momento.

Permanecimos juntos otro ratito más, lo justo para decirnos casi nada, y nos separamos, como para siempre.

Indice de capítulos

1. Tonta y sola... page 3
 2. Señorita Cabezota... page 8
 3. El pacto con Victor... page 13
 4. En el teléfono... page 20
 5. Choque... page 26
 6. Colchón mullido... page 29
 7. Tristeza... page 35
 8. Zapeo... page 40
 9. Clase de saxofón... page 45
 10. Reencuentro... page 52
- 、